

Letras y Humanidades en el Renacimiento. La figura del padre en la construcción del personaje autor

Martín José Ciordia

UBA-Conicet

mjrciordia@filo.uba.ar

Resumen

El presente trabajo piensa y analiza la figura del padre en la construcción del personaje autor en textos de Petrarca y Boccaccio. La evidente composición ficcional de la vida de estos escritores como una fábula lleva a replantear aquí cuestiones como la relación entre la “imitación” y la “verdad”, o la necesidad de seguir considerando una y otra vez las nociones de “tiempo”, “historia” e “historiografía” a la hora de interpretar textos lejanos tanto geográfica como temporalmente.

Abstract

The present work discusses and analyses the figure of the father in the construction of the author character in Petrarch and Boccaccio's texts. The evident fictional composition of the life of these writers as a fable leads to rethinking here questions such as the relationship between imitation and truth or the need to keep considering the notions of time, history and historiography once and again, when it comes to interpreting texts that are distant in space and time.

Es un lugar común señalar a Francesco Petrarca como el inicio de un movimiento intelectual europeo que acabará recibiendo un siglo después el genérico nombre de “humanista” (Burckhardt 1985, Kristeller 1993, Burke 2000). De entre las múltiples cuestiones que esta afirmación suscita, deseo hoy demorarme tan sólo en una: la construcción del personaje autor (Bajtín 1985, Lazzi e Viti 2000).

Es indudable, a partir de determinado momento, la preocupación de Petrarca por la imagen que de sí mismo dejará a la posteridad; una preocupación que, como muchas veces se ha dicho, lo ha llevado a componer una fábula ejemplar de su vida (Wilkins 1964, Rico 1974, Dotti 2004). Como Agustín, Boecio o Dante, Petrarca hace de sí un personaje. Un personaje heroico, un héroe del saber: un autor que emerge en lucha consigo mismo y su tiempo.

En *Sobre la vida solitaria*, Petrarca (1955) trata en unos pasajes sobre la adolescencia y la adopción de los géneros de vida (libro I, 4). Allí afirma que, siguiendo a Lactancio, al final de la adolescencia, hay que elegir “el género de vida” (*vite genus*). En general, dice, no vivimos según nuestro juicio, sino según el del vulgo, en la horma de los otros, según lo que “se dice y se hace”. Somos impulsados hacia adelante por no sé qué antes que mirar alrededor nuestro, como en círculo, y examinar qué queremos ser. No es fácil destruir completamente la propia naturaleza. Hay que reflexionar qué persona nos han impuesto la naturaleza, la fortuna o el error. Creemos que somos eso que somos, pero no es así. Hay que ir a contracorriente. Hay que mutar la vida. Hay que luchar contra el dejarse llevar.

En una de sus últimas cartas, Petrarca (2010) refiere las vicisitudes de su propia elección al final de la adolescencia. Se trata de la carta 1 del libro XVI de sus *Seniles*, dirigida a Luca da Penne y fechada el veintisiete de abril de 1374. Petrarca tiene casi setenta años y se encuentra a tres meses de su muerte, que ocurrirá en Arquà, en Italia, durante la noche del dieciocho al diecinueve de julio. En esta carta, le cuenta a Luca que “a un viejo, como soy, lleno de ocupaciones y enfermo, el escribir no le es solamente una fatiga sino un verdadero suplicio” (2010: 2036). Pese a eso, ha querido hacerlo, y el resultado es una carta llena de recuerdos. Entre ellos, la elección de su género de vida y el consiguiente enfrentamiento con su padre. Petrarca proviene de una familia con tres generaciones de notarios. De su bisabuelo, que muere a los 104 años, Francesco dirá que era “un hombre sin letras, pero de ingenio excelente” (Dotti 2004: 5). En la antedicha carta a Luca, cuenta: “era todavía un niño cuando yo, mientras todos mis compañeros se limitaban a estudiar a Prospero [de Aquitania] y a Esopo, me entregaba ya a los libros de Cicerón” (2010: 2036). El texto en latín habla de “*pueritia*”, así que estamos entre los siete y los catorce años. Cuando es más grande, entre los 16 y 20, estudiando la carrera de Derecho en Montpellier, según él mismo nos relata, ocurre lo siguiente: “y quiero también referirte un hecho entre grotesco y patético. Presagiando lo que podía ocurrir, había escondido [de mi padre], en cierto lugar, los libros de Cicerón que yo me había ido procurando y, con ellos, el de algunos poetas, todos los cuales, ciertamente, no servían para ganar dinero” (2010: 2040). Pero he aquí que el padre los descubre y agarrándolos a todos, “los lanza delante de mis propios ojos a las llamas, como si se tratase de libros heréticos”. Pensemos, además, lo que esto significaba en aquél tiempo de textos escasos y exclusivamente escritos a mano. “Frente a tal espectáculo, lloré como si en las llamas estuviese quemándome yo mismo”. Tendría diecisiete, dieciocho años. Basta de pavadas, estudié Derecho. “Viéndome así de trastornado, alcanzó a sacar del fuego dos libros, ya casi arruinados por aquel incendio, y, teniendo un Virgilio en la diestra y una retórica de Cicerón en la siniestra, me dice: ‘Este [el de Virgilio] como ocasional compensación para tu espíritu, y este otro [el de Cicerón] como ayuda para el estudio del derecho civil’” (2010: 2040). Tiempo después Petrarca seguiría estudiando derecho en Bologna. En 1326, el padre se muere, mientras Petrarca era joven y todavía no había terminado la carrera. Ni él ni su hermano iban a terminarla. Dicen algunos que, en poco tiempo, dilapidaron la fortuna y él va a, finalmente, hacerse clérigo. Leonardo Bruni, que nace en los años que muere Petrarca, escribe una biografía suya, donde afirma que, en realidad, Petrarca se hizo clérigo para solucionar económicamente su vida.

En la ya citada *Sobre la vida solitaria*, propone un ideal de sabio que se aísla, que se va al bosque y allí escribe. Dice en un pasaje: “la soledad sin letras (*solitudo sine literis*) es un exilio, una cárcel, una tortura; con las letras es la patria, la libertad, el deleite” (1955: 330). En distintos tramos de su vida, Petrarca intentará realizar esta vida en Valchiusa, Provenza, en una casa a orillas del río Sorga.

Boccaccio, nueve años más joven, también escribe una biografía de su amigo Petrarca, intitulada *De vita et moribus domini Francisci Petracchi de Florentia (Vida y costumbres del señor Francesco di Petracco de Florencia)* (2004). Su primera redacción habría sido en 1344 y los últimos retoques parece que fueron entre 1349 y 1350, es decir, faltan los más de veinte años que nuestro autor aún tendrá de vida. Relatando el inicio de sus estudios de derecho civil, Boccaccio señala que “mientras se esforzaba asiduamente en estos estudios, Apolo, anticipándose al destino de su futuro vate (*vatis futuri*), comenzó a seducirle la parte más arcana de su mente con el dulce canto y las divinas notas de las Musas” (2004: 72). Así comienza a escribir versos “en la

cima del Parnaso”. El padre se va a enterar de esto y lo va a regañar. Boccaccio cuenta que le dijo a su hijo: “¿Por qué te dedicas a una materia que no sirve? Si ni hasta Homero ha dejado un peso” (2004: 74).¹ Aquí nos encontramos con otra manera de narrar los hechos, tanto su inclinación por las letras como su enfrentamiento con el padre. Ya no es ese muchacho que compra libros y los esconde, es el despertar del futuro vate guiado por Apolo.

Relatado tanto por Boccaccio (2004: 78-79) como por Petrarca, en la *Carta a la Posteridad* (2004a: 120) y en *Familiares IV 8* (Petrarca 2004b: 528), nos llega la noticia de que en abril de 1341, luego de un examen de tres días por parte de Roberto d’Anjou, (rey de Nápoles, Duque de Calabria y Conde de Provenza y Forcalquier), Francesco va a ser coronado como poeta laureado en el Capitolio de Roma, por mano del senador Orso dell’ Anguillara. No se va a laurear o recibir como abogado, filósofo o teólogo pero va a conseguir la corona de laureles del poeta.

La poesía, por largo tiempo subsumida y tratada como mera miel que endulza los agrios estudios de la gramática y la retórica latinas, comienza a abrirse paso, ganando poco a poco su autonomía respecto de las más antiguas y establecidas disciplinas y profesiones. Prueba de ello es un texto de Boccaccio llamado *Genealogía de los dioses paganos*. Esta obra de quince libros es una recopilación y comentario de los relatos de los dioses antiguos tanto de las versiones latinas como griegas. En los libros XIV y XV, Boccaccio hace una defensa de la poesía. Empezó a escribir la *Genealogía* hacia 1350, cuando también está escribiendo el *Decamerón*, pero la va a terminar en 1375, hacia el final de su vida. Los libros XIV y XV fueron escritos entre 1368 y 1375 y, como he dicho, son una defensa de la poesía escrita en latín y sobre todo de la poesía antigua. Así como se discutió y se acabó aceptando, durante los siglos XII y XIII, que la teología y filosofía cristiana podía absorber a Aristóteles, aquí Boccaccio sostiene que también podemos absorber a Homero, Virgilio y Ovidio (el de las *Metamorfosis*), porque se trata de fábulas alegóricas con un saber verdadero oculto. Pero, no es esto lo que ahora me interesa, sino un pasaje autobiográfico que Boccaccio escribe como en un paréntesis y que tiene relación con aquello que acabamos de escuchar de Petrarca. En el capítulo X del Libro XV leemos:

Por tanto, de aquí se deduce que por el sabio orden de la naturaleza, de entre los mortales, este nace como artesano de la madera, aquel marinero, otro mercader y algunos aptos para el sacerdocio o para el gobierno y algunos legisladores, jefes, poetas, filósofos o sublimes teólogos. [...] Pero la naturaleza (*natura*) que ha producido a otros para cualquier otra actividad, en verdad a mí me sacó del útero de mi madre preparado, siendo testigo la experiencia, para las poéticas meditaciones (*ad poeticas meditationes*) y, según mi juicio, nací para esto. (Boccaccio 1983: 893-895, 1951: 776-777)

Antes, Apolo prefigura en un joven Petrarca al vate futuro. Ahora se es poeta desde el útero materno. Está cargando a la poesía de un significado muy particular. Sigue Boccaccio:

Pues recuerdo bien que mi padre, desde mi niñez, puso todos sus esfuerzos para que yo me convirtiese en hombre de negocios (*negociator efficerer*) y a mí, que todavía no había entrado en la adolescencia, para ser instruido en aritmética, me

¹ “Studium quid inutile tentas: Meonides nullas ipse reliquit opes” (Boccaccio 2004:74).

entregó como discípulo a un gran comerciante junto al que, durante seis años, no hice otra cosa que gastar en vano un tiempo irrecuperable. Luego, puesto que pareció, por algunos indicios que lo mostraban, que yo tenía aptitudes para el estudio de las letras (*licterarum studiis*), mi propio padre ordenó que yo me adentrara como discípulo en las leyes de los pontífices [que siguiera derecho canónico, Boccaccio era hijo natural] con las que me haría rico, y bajo un ilustrísimo maestro trabajé igual tiempo también sin motivo. Mi alma despreciaba estas cosas hasta tal punto que a ninguno de estos oficios podía inclinarse ni por la enseñanza del maestro, o la autoridad de mi padre, con lo que se angustiaba continuamente con las nuevas recomendaciones, ni con los ruegos de amigos o con las censuras, ¡una singular afición la empujaba de tal modo a la poética! Y mi alma se dirigía a toda prisa hacia la poesía, no desde una decisión recién adoptada, sino que iba impulsada por una muy vieja disposición. [...] Y no dudo que, cuando la edad era más apta para esto, si mi padre lo hubiese tolerado con ecuanimidad, hubiera llegado a ser uno entre los poetas célebres, pero como intentó doblegar mi ingenio, primero hacia artes lucrativas y luego hacia una actividad de lucro, sucedió que ni soy negociante ni salí canónico y perdí ser un poeta importante. (Boccaccio 1983: 893-895, 1951: 776-777)²

Primero atendimos a textos de Petrarca y luego de Boccaccio. En ambos, se relatan los conflictos con el padre a raíz de la elección de las letras y las humanidades por sobre otras profesiones más lucrativas o con más estatus. ¿Acaso estamos frente a obras donde se evidencia aquél rasgo renacentista que Burckhardt llamó “el desarrollo del individuo” y el “descubrimiento del hombre” (1985)? ¿No estamos frente a relatos que manifiestan la lucha de una personalidad poética por librarse del sino familiar? ¿No prueban estos rechazos al clan aquellas afirmaciones de Heller acerca de que el hombre renacentista se vuelve “dinámico”, esto es, “se hace a sí mismo” en la medida en que el comienzo del capitalismo destruye las relaciones *naturales* entre el individuo y la comunidad, entre el individuo y la familia, alterando así su posición social y su lugar preestablecido en una sociedad ya sin una jerarquía firme (1994)? Estos relatos contra padres abogados y mercaderes, estos relatos que invitan a los poetas a escribir solitariamente en los bosques y a orillas de algún río, ¿son anticipos del poeta de *El rey burgués* de Rubén Darío, aquel que muere fuera del palacio social y bajo un manto de nieve con la mano todavía en el manubrio de la caja de música? ¿Es ya el poeta del siglo XVIII y XIX luchando contra lo que Holderlin llamó “los juiciosos consejeros”? Estas preguntas presuponen una concepción de la historia “como inicio y progresión de algo que aparece por primera vez”. Por ejemplo, el “Renacimiento es el inicio de la Modernidad” o “la poesía moderna comienza con Petrarca”; o dicho de otra manera: “la poesía medieval era de un modo que Petrarca cambia en la medida que inaugura algo que respecto de lo dado es una novedad y respecto del porvenir su inicio”. ¿Se inaugura con Petrarca y Boccaccio el campo de las humanidades como el de una actividad que, proveniente de la burguesía es, sin embargo, en muchos sentidos anti-burguesa (estoy pensando en Bourdieu (1999), en sus categorías de campo del poder, campo intelectual, en el término “burgués descarriado” aplicado a Flaubert y la atención a la relación con su padre como síntesis de la internalización de las condiciones y posibilidades objetivas; del término “vocación” entendido como simple transfiguración ideológica de la relación que se establece objetivamente entre una categoría de agentes y un mercado de trabajo)? ¿Se hace ya patente todo esto en la lucha de Petrarca y Boccaccio con sus padres?

² En este caso, sigo la traducción de Álvarez e Iglesias, con algunas modificaciones.

Enorme es el tiempo que nos llevaría contestar estas preguntas, algunas por sí, otras por no. Baste ahora decir que para responder afirmativamente muchas de ellas nos enfrentaremos, al menos, con el siguiente problema: la frase que Boccaccio le atribuye al padre de Petrarca es igual a la que le dice a Ovidio su propio padre, en el siglo I a.C. El poeta romano cuenta sobre él y su hermano lo siguiente en las *Tristres* (IV, 10):

Nuestra educación comenzó pronto, gracias al celo de mi padre, y asistimos a las lecciones de los maestros insignes de Roma. Mi hermano desde joven se inclinaba a la oratoria como si hubiese nacido para las tempestuosas luchas del foro; y a mí, desde niño, me seducían los sagrados misterios y la Musa en secreto me forzaba a rendirle culto. Muchas veces me dijo mi padre: ‘¿por qué te dedicas a una materia que no sirve? Si ni hasta Homero ha dejado un peso’ (Ovidio, *Tr.* 4, 10, 15-22).³

Nos emocionábamos, hace un rato, ante esas frases que se decían entre padres e hijos en el Trecientos y ahora descubrimos que ¿el narrador las robó de un texto de Ovidio de mil y pico de años antes?

El tiempo se nos acaba. Digamos que esto suscita, entre otras, dos cuestiones. La primera es la de volver a indagar por las concepciones y relación que hay, en aquellos años, entre las nociones de “imitación” y de “verdad”; muy diversas, por cierto, a las existentes en los distintos realismos de los siglos XIX y XX. Muchos son los estudiosos que ya han abierto camino por allí (Highet 1986, Greene 1982). Tan sólo afirmemos que el hecho de que Boccaccio ponga palabras de Ovidio en el padre de Petrarca no significa que mienta o que todo sea ficción; simplemente significa que lo que se entiende por “verdad” se reproduce de otra manera. La segunda cuestión es la de volver a sopesar las nociones de “tiempo”, “historia” e “historiografía”. Desde las décadas del setenta y del ochenta del siglo pasado, con el llamado “giro lingüístico” de White (2001), con la microhistoria de Ginzburg (1981), con la monumental obra *Tiempo y Relato* de Ricoeur (1984-1985), o con la posthistoria y el fin del arte de Danto (2003), estos debates no han dejado de crecer.

Quisiera terminar citando un pasaje de otro autor italiano de unos casi cien años después de Petrarca y Boccaccio, me refiero a Enea Silvio Piccolomini. Leeré un fragmento autobiográfico que se encuentra, también como un paréntesis, en su comentario sobre lo sucedido en el Concilio de Basilea, escrito hacia 1440. No aparece aquí el padre directamente sino ciertos “familiares” (*necessarii*) y no refiere su adolescencia sino su crisis de la mediana edad, acercándose a los cuarenta. Otro tópico este último también desarrollado por Petrarca en su *Secretum*. Queden, por tanto, las preguntas abiertas y este otro pasaje para seguir en otra oportunidad pensando la figura del padre en la construcción del personaje autor, en el horizonte del llamado “movimiento humanista”.

Yo no sé qué me sucede y qué destino me urge, es un hecho que no logro sustraerme de la historia [del escribir historia] y usar mejor mi tiempo. Muchas veces me he decidido a rechazar las ilusiones de los oradores y poetas, y aplicarme a un trabajo con el que logre poner a seguro mi vejez de los caprichos de la suerte, y así no vivir al día como las fieras y los pájaros. Si hubiese puesto buena voluntad, no me habrían ciertamente faltado ocasiones de estudios capaces de enriquecerme y de hacerme amigos. Y no solo buscaba persuadirme a mí

³ “saepe pater dixit ‘studium quid inutile temptas: Maeonides nullas ipse reliquit opes.’” Ovidio *Tr.* 4, 10, 21-22.

mismo, estaban también mis familiares que no se cansaban de repetirme: ‘Enea, ¿qué haces? ¿Serás tan solo un poeta por el resto de tu vida? ¿A tu edad no te avergüenza no tener ni campos ni dinero? ¿No sabes que a los veinte años es necesario ser grande, a los treinta prudente y a los cuarenta rico? ¿Que, quien ha traspasado este límite ha perdido la partida?’ Me recomendaban pensar que los cuarenta ya estaban a la puerta, que debía meterme en la primera cosa que se me presentara. Muchas veces, di mi palabra y prometí que habría de seguir los consejos; vía a los libros de los oradores, vía a las historias y a toda obra del género, debía librarme de ellos como de cosa nociva. Pero como ciertos volátiles que no saben abandonar la llama de la candela y se queman antes de estar a tiempo de huir, así yo retorno a mi mal que será mi ruina; solo la muerte –lo veo– podrá liberarme. Pero, si esto es mi destino, si no sé hacer aquello que querría, buscaré meterle poder y voluntad. Y si la pobreza me amenaza, y bueno, rico o pobre viviremos hasta la muerte. La pobreza es fea para los viejos, aunque más triste es todavía para los que además son ignorantes. Un pobre como un rico puede ser sano de cuerpo y mente. A mí esto me basta y otra cosa no quiero. Permita Dios, máximo y óptimo, que yo goce en buena salud de aquello en lo que me he metido, y me conceda mente lúcida, una vejez digna y no privada de poesía. (Piccolomini 1973: 182)

Bibliografía

Bajtín Mijail. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, 1985.

Boccaccio, Giovanni. *Genealogía de los dioses paganos*. Traducción de Álvarez e Iglesias. Madrid: Editora Nacional, 1983.

_____. *Genealogie deorum gentilium libri vol. II*. Bari: Laterza, 1951.

_____. *Vita di Petrarca* (a cura di Villani). Roma: Salerno, 2004.

Bourdieu, *Campo del poder, campo intelectual y habitus de clase en Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.

Burckhardt, Jacob. *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860). Barcelona: Iberia, 1985.

Burke, Peter. *El Renacimiento europeo*. Barcelona: Crítica, 2000.

Danto, Arthur. *Después del fin del arte* (1984). Buenos Aires: Paidós, 2003.

Dotti, Ugo. *Vita di Petrarca*. Roma-Bari: Laterza, 2004.

Ginzburg, Carlo. *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI* (1976). Barcelona: Península, 1981.

Greene, Thomas. *The light in Troy. Imitation and Discovery in Renaissance Poetry*. New Haven and London: Yale University Press, 1982.

- Heller, Agnes. *El hombre del Renacimiento* (1978). Barcelona: Península, 1994.
- Highet, Gilbert. *La tradición clásica II. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental* (1949). México: FCE, 1996.
- Kristeller, Paul O. *El pensamiento renacentista y sus Fuentes*. Madrid: FCE, 1993.
- Lazzi, Giovanna e Viti, Paolo. *Imaginare l'autore. Il ritratto del letterato nella cultura umanistica*. Firenze: Edizioni Polistampa, 2000.
- Petrarca, Francesco. *De Vita Solitaria in Prose* (a cura di Martellotti, Ricci, Carrara, Bianchi): Milano-Napoli: Riccardo Ricciardi Editore, 1955, pp. 285-591.
- _____. *Francescus Petrarca Posteritati*. En Boccaccio, *Vita di Petrarca* (a cura di Villani). Roma: Salerno, 2004a, pp.106-135.
- _____. *Le Familiari. Libro I-V*. Torino: Aragno, 2004b.
- _____. *Le Senili. Libri XIII-XVIII e Indici*. Torino: Aragno, 2010.
- Piccolomini, Enea Silvio. *De gestis Basileensis concilii*, Helmstadii 1700, pp. 3-4; en Garin, 'La letteratura degli umanisti' en Emilio Cecchi e Natalino Sapegno: *Storia della letteratura italiana (volumen terzo)*, Italy, Garzanti, 1973.
- Rico, Francisco. *Vida u obra de Petrarca, I. Lectura del <Secretum>*. Padova: Antenore, 1974.
- Ricoeur, P. *Temps et récit I-II-III*. París: Seuil, 1984, 1985.
- White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1973). México: FCE, 2001.
- Wilkins, E. *Vita del Petrarca y formación del Canzonere*. Milano: Feltrinelli, 1964.